

## GANADOR AUTONÓMICO



### COMUNIDAD VALENCIANA

**Carlos Adán – Colegio Alfinach**

El olor a asado inundaba la atmósfera y la calma reinaba en la tranquila aldea griega a orillas del mar Adriático. El crepúsculo descansaba sobre los pequeños cultivos.

Los pescadores volvían a sus casas contentos de haberse ganado el sustento con el sudor de su frente.

En aquel lugar se respiraba paz, una paz de la que yo, Alejandro, disfrutaba entre los juegos con mis hermanas pequeñas y los momentos en los que me quedaba sumido en mis sueños, mientras mis padres trabajaban sin descanso.

Pero al llegar la noche, el silencio previo a una catástrofe se apoderó de la aldea. Yo intentaba conciliar el sueño mientras mi madre trasteaba en la cocina. Fue entonces cuando un grito desgarró el cielo. Mi instinto me empujó a esconderme. No sabría decir cuánto tiempo estuve en la misma posición, inmóvil. El pánico se apoderó de cada uno de mis músculos en el momento en que presencié el brutal asesinato de mi familia a manos de unos hombres.

Adnos era un gran guerrero que protegía aquellos territorios. Sin embargo, no pudo evitar la masacre ocurrida en mi dulce aldea. Gracias a los dioses me encontró entre los escombros. Al verle me asusté, ya que su presencia no transmitía mucha tranquilidad con esa cicatriz espeluznante que le cruzaba uno de los ojos, que eran oscuros, fríos y opacos. Pero un halo de ternura invadió su alma. Tuve la suerte de que me dejara acompañarle en su camino a Esparta. Yo quería aprender a luchar y él me adiestró según las técnicas de la Escuela de Guerra de Esparta.

Todo esto ocurrió cuando yo tenía nueve años. Ahora, diez años más tarde, puedo decir que soy como una obra de Miguel Ángel, con un cuerpo tan bien esculpido que hasta el último dios griego lo envidiaría. Tengo los rasgos faciales perfectamente definidos y unos ojos enmarcados por unas finas cejas, como si fueran un cuadro, resaltando el azul intenso de éstos como si reflejaran un tranquilo océano. Mi pelo es suave y rubio pajizo. También cabría añadir que soy el mejor guerrero de mi escuadra. Por eso la dirijo.

Hace unos días me dijeron que debía prepararme lo mejor posible, puesto que en una semana se daría paso a la batalla contra Atenas por el liderazgo de la gran Grecia.

Yo animaba a mi escuadra cuando entramos en combate. Corría, esquivaba y acuchillaba ferozmente al enemigo cuando una flecha me alcanzó el hombro. Me encerraron en una carreta camino de Atenas con otros heridos. Mi manera de ser me obligaba a asestar golpes a la puerta, sin aliento y sin esperanza alguna, con la intención de escapar.

Al llegar a Atenas como esclavo me nombraron gladiador. Pensé que era una pesadilla, pero al cabo de unos meses vi que aún no había perdido ningún combate y que podía sobrevivir.

Al día siguiente me tocaba batirme en un duelo contra el campeón de Atenas ante el rey de Grecia y su familia.

Tras un duro combate conseguí atravesar con el acero de mi espada el torso desnudo del campeón. Al ganar descubrí que al día siguiente sería libre y la hija del rey se fijó en mí.

Me encerraron en una oscura y fría mazmorra donde la humedad se filtraba por los muros entumeciendo los huesos. Yo descansaba sobre la fría y sólida piedra cuando apareció la hija del rey. Era una chica de estatura media, con ojos color ámbar y expresión tímida, como resaltando su cálida sonrisa. Su cara redonda me transmitía una infinita ternura y su pelo lacio, que le caía por los hombros, me tenía hechizado. La magia parecía obrar efecto en ella, convirtiéndola en mi ideal de belleza. Se hacía llamar Agalia. Hablamos un tiempo y al confesarle mi amor le robé un beso.

Decidimos escaparnos a la mañana siguiente y nos fundimos en un beso que despertó todos mis sentidos. Desde que ocurrió aquello no podía estarme quieto, lo que me impedía dormir.

Al día siguiente nos escapamos furtivamente y cabalgamos hasta el anochecer. Recuerdo aquella noche como si fuera ayer: solo una fina neblina se interponía entre la luna y nosotros, dejando pasar unos tenues rayos que erraban en la penumbra. Era una noche estrellada que yo observaba descansando sobre la mullida hierba junto a Agalia. Aquello, a la suave luz de las velas, hacía que fuese un ambiente mágico.

Esa noche fue la mejor de mi vida, sin duda. Nos entregamos completamente el uno al otro fundiendo nuestros cuerpos.

Pero no contábamos con que una patrulla iba en nuestra busca.

Al despertarme vi que estaba rodeado de hombres y, en un reflejo para proteger a Agalia, una mortífera lanza me atravesó, dejándome como últimas imágenes de mi memoria los gritos de terror de Agalia.

“¿Qué por qué os cuento esto? Para demostraros que hay que luchar por lo que merece la pena, cueste lo que cueste. A mí me costó la vida”.